

o Hoy, a las 19.30, en el Salón Municipal (Suiza) se inaugura la Muestra de pinturas modernas de J. Jauregui, organización de la Primera Bienal Internacional de Artes Aplicadas de Punta del Este (1955) y Primer Premio de Orfebrería en la Segunda Bienal (1957).

ODO el diminuto departamento es un himno a la Lucha Contra el Espacio. Hay placares y mesas colgando de las paredes; pianos, cómodas de Horacio Torres y Matto Vilario y de la dueña de casa, que fuera alumna de Torres García (haber pintado bajo la tutela del famoso viejo da algo más que predilección por los grises de Montevideo; una patina de talento cubrió toda una generación de artistas uruguayos). Un aire de hospitalaria bohemia circula cálido entre el ordenado desorden. Esta no es una paradoja que se me ocurra porque me siento particularmente brillante en una lluviosa mañana de primavera mientras espero que Jauregui se cambie los zapatos o que Pira se vista; más bien tengo ganas de dejar libre mi novelera femenina y hurgar en los cajones a la pesca de alguna maravilla, ponerme un collar, mirarme al espejo. Al diablo el periodismo. Una vez que se da con la cueva de Ali Babá...

Pira es bajita, redondita, divertida, rebosa vitalidad. Jauregui es flaco, enteco, pálido, cultiva un humor tan agudo como su físico. Ella es la que diseña las alhajas y selecciona los materiales. Él quien las realiza. Sería antipático, sin embargo, desincluirlos apartándolos en categorías y decir que son una artista y un artesano. Ambos son las dos cosas, artistas, artesanos. Pira se llama Olga; Jauregui, Carlos. El matrimonio y la tarea los unen y destacan bien sus personalidades. Ella es sensual, impulsiva. Cuando dice, por ejemplo:

—A veces me dan ganas de apretar la plata y desahuciar!

O esta frase reveladora: —Me gustaría hacer una flor que estallara.

Hay un collar que es un hilo de plata del que pende una especie de guijarros lunares o un:

—¿Esto no parece un espermatozoide?

Y se rie como los dientes blancos sacudiendo su labio un poco asiniado.

—A veces me inspiro en un poema. ¿A usted no le pasa?

No. A mí no me pasa. Discutimos. Jamás, leyenda a Neruda, se me hubiera ocurrido ir a torcer un pedazo de plata o buscar, afiebradamente, en el fondo del revuelto tallerico, una piedra tosca y opaca para:

—Hacer un poema a mi manera!  
Jauregui observa la escena como lo observa todo: minuciosamente. Quizá si pudiera, nos desarmaría.

ELINA BERRO

## El tiempo es plata

como lo hizo con la radio a transistores convirtiéndola en un coqueto intercomunicador que anuncia a los visitantes sin que ellos, dormilones matutinos, tengan que saltar de la cama. Jauregui, tipo hábil si los hay, ha hecho cosas como éstas: un violoncito de madera de diez centímetros de la época en que estudiaba el violín), todas las estanterías y placares de la casa, las lámparas, la extraña estufa protegida con tejido de alambre, la instalación eléctrica, las herramientas del taller, comprendido un aparato raro que está la plata como las máquinas de tortura de la Inquisición y un poco de gas que sirve tanto para soplete como para encenderle el cigarrillo a Olga y para qué seguir? Si a Victoria de los Angeles se la oye cantar desde varios parlantes y las alhajas relucen dentro de sus sombríos estuches, es porque Jauregui tiene las manos ágiles y diestras de un artesano auténtico.

—A mí me era siempre por la física y por la química. Aunque no me gustaba estudiar; era muy vorazmente.

Empezaron porque un día Olga descubrió que una lámina que Carlos había dibujado con esmalte de uñas y grabado al agua fuerte, tenía posibilidades.

—¿Por qué no le ponés un gancho? —le dijo con ganas de prenderse "eso" sobre la blusa.

Jauregui le colocó un gancho a "eso". Olga se pavonó, feliz.

—Sería bueno darle un baño de algo.

Jauregui le dio un baño electrolítico de plata. —... queda un poco como papel de gomones. —Jauregui le dio una patina de plata. —La lava —que a esta altura no era lava, sino plata— como la Científica quedó lista para el primer baile.

Y colorín, colorín, este cuento no se ha acabado. Desde ese entonces, ya van siete años que trabajan creando, perfeccionando la técnica, cada vez más grandes joyeros. Una fábrica suiza les encargó, hace poco, una mala de oro. Ellos mandaron el diseño. El diseño fue porque había nadie capaz de realizarlo. Es decir: nadie para interpretar tan cabalmente los verticuetos asimétricos de Pira como Jauregui lo hace, con imaginación y paciencia. Esta paciencia no es de este mundo actual. Ellos dicen, contentos, hasta orgulosos:

—Podríamos tener negocios o un auto, vivir en otro departamento, si trabajáramos como joyeros en serie. Aquí no podemos cobrar lo que cada pieza lleva de tiempo, de esfuerzos, de experimentos.

Hace un año estuvieron en Europa. Seis meses viajando. En una valija llevaban una cocina de gas de butano, platos, lástas de conserva... En seis meses sólo una vez comieron en un restorán. Pira se rie hasta las lágrimas.

—A un viajón de Venecia teníamos que esperar a que arrieran el alfilerazo para poder comer. Así no nos quedamos en Venecia. —Jauregui nos trae el radio de la manija de la puerta para que la música apagara el ruido de la fritada. Una vez a Carlos se le cayó el arroz al suelo. ¿Sabes lo que pasó? —Lo tiró al gran Canal ¿Sabes que dijo? —¡Ahora sí me siento un pescador! —Jauregui se ríe tan divertido! Como nos sobrafrán frutas y verduras que va de estación en estación cargada con las redes, los bolsos, los paquetes... ¡Qué jacha!

—Yo me acuerdo como cuando el flor de plata, oro y perlas barocas que fue rechazada por el Salón Nacional recientemente. (Que también impugnó al resto de los artistas joyeros que se presentaron; no hay que confundirlos entre los creadores uruguayos de alhajas modernas, según este jurado). Es una pieza importante, eclectista, luminosa, que se aparta bastante del estilo algo bárbaro que hasta ahora lucían los anteriores obreros de Jauregui. —Las torturadas soldaduras de plata que componen el cáliz de la cruz, se le anaden finísimos pistilos de oro y se incrustan caprichosamente las hermosas perlas. Pira —que tiene puesta una enorme trikota violeta y guantes negros— dice que Jauregui se le ocurrió seguirlo por disimular un flagrante pijama celeste—sonríe como si fuera una mujer entrando a un iluminado foyer de gala.

—estamos empinando el oro. Le gente quiere oro. Y se coloca en las orejas unos bellos y extraños aretes de oro. Yo le pregunto (probablemente, ¡faltaba más!, otros de plata) quiénes son sus clientes:

—Genie mimada. Gente culta, que siempre. Se necesita cultura para apartarse de la eterna libre esterlina sujeta con un oro de oro 18k.

—¿Jóvenes? ¡Viejos! ¿Señoronas?...  
—¿Jóvenes? ¡Muy jóvenes! Los estudiantes de arquitectura. Y los judíos, que son tipos que comprenden rápidamente lo que nance han visto.

De todos modos, estas alhajas informalistas suelen ser adoptadas por mujeres que no se sienten no tanto para destacar su belleza como por el afán de ceñirse a un canon o personalidad bien definidos. Son alhajas para un carácter más que para un físico. Y se integran a la ropa que llevan preferentemente suéteres o túnicas lisas, de colores nórdicos o dramáticos. Me hubiera gustado decirles:

Las alhajas de ustedes son dramáticas.  
Estoy segura de que Pira hubiera sonreído hasta el alma, y que Jauregui se habría quedado pensando, la cabeza apoyada en la mano.

Lástima que se me ocurrió cuando ya había bajado los cinco pisos.